

Por qué no uso reloj (Cuento)

Estaba escribiendo una carta sin importancia, por lo tanto lo que voy a narrar no fue sugestión producida por un especial estado de conciencia, ni debió ser un sueño, ya que momentos antes estuve dando caza a una impertinente mosca¹¹⁹ que me molestaba de continuo hablándome al oído —como esos viejos sordos, que cuchichean bajito y pesadamente cosas insoportables— y al día siguiente de mi aventura encontré su cadáver en el ataúd que le formó la tapa del tintero¹²⁰.

¹¹⁹ Esta es la única vez que en la ficción buñueliana aparece la referencia directa a la mosca, animal daliniano por antonomasia. Su presencia no se limita al sustantivo, sino que se extiende al uso, más adelante, del participio pasado del verbo *amoscar*, que ya utilizó en «Una traición incalificable». Aunque aquí el participio establece un vínculo con la mosca que aparece al principio, su uso actúa, al igual que ocurría en ese otro cuento, como un mecanismo de reificación del estado de ánimo.

¹²⁰ Fuese o no un sueño, Martínez Herranz acierta de lleno cuando afirma que Buñuel, al escribirlo, estaba variando acerca de su futuro: «Especialmente al hablar del modo en el que el Tiempo le proponía acceder a la eterna juventud. Porque, arriesgándose a alterar y flexibilizar con su Cine las nociones de Tiempo manejadas hasta la fecha, no solo revolucionó el lenguaje y la narrativa cinematográfica, sino que además construyó un corpus de obras que todavía siguen siendo apabullantemente revolucionarias y novedosas. A través de ellas, Buñuel consiguió sustraerse de las garras de la vejez, negociar con el Tiempo para detenerlo y, de este modo, seguir

Me hallaba, pues, escribiendo. De pronto oí cerca de mí un tic-tac más fuerte que los demás y como pronunciado con el solo objeto de llamar la atención; pero cuál no sería mi estupefacción al encontrarme frente a frente con el ser más extraño que pudo crear imaginación¹²¹.

Tenía dos pies, uno de plomo y otro de pluma¹²²; el cuerpo lo formaba una varilla de acero mohoso, y la cabeza no era otra que un disco de latón dorado con un desigual bigote¹²³ en forma de saetas¹²⁴ y dos minúsculos ojillos, como esos que tienen los relojes para darles cuerda. Todo él demostraba un empaque y una jactancia verdaderamente insoportable.

Admirado, aun cuando ofendido le interrogué:

—Dígame usted, ¿por qué se ha introducido en mi cuarto sin haber tenido la discreción de llamar a la puerta?

El extravagante hombrecillo no se inmutó por mi desabrimiento¹²⁵ y replicó con mucho desenfado:

¹²¹ En el texto publicado el punto siguiente es un punto y seguido. Nos parece más coherente con el resto de la estructura el aplicar un punto y aparte como, de hecho, hace la edición francesa de la obra literaria de Buñuel de la editorial Plon.

¹²² Como técnica vinculada al juego del lenguaje y al humor, no es de extrañar topamos con el recurso a la paronomasia. En este caso, a mayor abundamiento retórico, el resultado es asimismo una imagen contradictoria.

¹²³ El bigote, elemento capilar recurrente aquí y en otros textos, formaba parte del imaginario creativo de Buñuel y Dalí. Esta fijación se personalizó, como se verá, en el actor Adolphe Menjou y su mostacho.

¹²⁴ *saeta*: 'aguja del reloj'. Buñuel utilizará más veces esta palabra, incluso en su escrito sobre el cine «Una noche en el Studio des Ursulines».

¹²⁵ *desabrimiento*: «Dureza de genio, aspereza en el trato» (*DLE*). La elección del término no es baladí, pues responde a la afición que Buñuel tenía por las armas, ya que otra acepción es: «En la ballesta y en algunas armas de fuego, como la escopeta, dureza de su empuje al dispararse dando coz y golpeando al tirador» (*DLE*). Uno de los títulos barajados para el film *Un perro andaluz* fue *La marista en la ballesta*. Título sobre el que, por cierto, tampoco hay unanimidad, pues se suele aludir a él también como *La marista de la ballesta*, *El marista en la ballesta* o *El marista*.

—Caballere, desde que usted ha nacido anda conmigo y no se ha dignado, hasta ahora, hacerme tales preguntas.

Amoscado por este tono despectivo dije yo:

—Contenga usted la lengua y no me aplique el título de Caballere, pues tengo otros más honoríficos.

Y para probarlo iba a sacar de mi pupitre documentos que lo acreditasen¹²⁶.

—Calma, joven—me respondió—. Yo soy tan viejo como usted no puede: ni soñar y mi edad me permite hablarle en este tono autoritario.

—Entonces, ¿quién es usted?

—Soy el Tiempo.

Un ¡oh! de estupor, perfectamente circular se dibujó en mi boca. Pero él se apresuró a continuar:

—No se asombre, porque el materializarme en esta forma no fue más que por pura simpatía hacia usted. Por otra parte quiero hacerle revelaciones que acaso le interesen.

Al decir esto se arrellanó cómodamente en un cojín. Con el asombro consiguiente vi que el reloj de pared y el despertador se desplazaban de su sitio y moviendo la cola, iban a lamerle los pies. Entonces no me cupo ya la menor duda de que era con el propio Tiempo con quien hablaba. Ahora voy a transcribir íntegramente su relato.

He aquí lo que dijo:

[—]Amigo mío, esta noche he tenido un gesto audaz. Me he anulado yo mismo unas horas en la Eternidad.

Nadie se habrá enterado más que usted de que mientras permanezca aquí, nada envejecerá y todo lo existente habrá desaparecido. Pero voy a hablarle a usted de mi vida. Toda mi historia puede dividirse en dos períodos: antes de la in-

¹²⁶ En el texto publicado (y de ahí a *OL* y *ELB*): *Contenga usted la lengua y no me aplique el título de Caballere, pues tengo otros más honoríficos—, y para probarlo iba a sacar de mi pupitre documentos que lo acreditasen*. La edición francesa de Plon corrigió la estructura tal cual la presentamos aquí.

vención de los relojes y desde entonces acá. Mi primera época se deslizaba en alegres jugueteos, con mi hermano el Espacio¹²⁷, por todos los lugares que poseemos en el Universo. Lo pasábamos bien ¡voto a tal!¹²⁸ y solo una nubecilla enturbiaba nuestra existencia. Era esta de carácter gastronómico. Crea usted que no había ni una cocina, ni un restaurant, ni siquiera un prado. La carencia total de alimento fue lo que me impulsó a comerme a mis hijos apenas nacían¹²⁹. Luego he visto que se me ha retratado como un viejo monstruoso y feroz, teófago por egoísmo y malos instintos. Mas, juro solemnemente —y al decir esto el péndulo osciló graciosamente hacia el estómago— que tales supuestos crímenes eran tan solo para satisfacer mi apetito. Por otra parte, el no¹³⁰ comerse a los hijos pertenece a una moral muy en moda hará unos cuatro o cinco mil años.

Dijo¹³¹ esto de los cinco o seis mil años, como quien dice tres o cuatro días¹³².

¹²⁷ En el cuento encontramos diferentes dimensiones del tiempo. Esta es la filosófica.

Buñuel hermanó tiempo y espacio con finalidades sinestésicas (véanse las notas 392 en el aparato introductorio y 35).

¹²⁸ Locución interjectiva para expresar amenaza, enfado, sorpresa, admiración, etc.

¹²⁹ Esta es la dimensión mitológica del tiempo. La confusión entre Chronos, dios del tiempo, y Cronos, dios de la agricultura —Saturno, en la mitología romana—, salta a la vista. Aquí Buñuel se refiere a este último. Esta equivocación puede proceder del cuadro *Saturno devorando a su hijo* de Goya, en el que Buñuel se inspira, como se confirma en la siguiente oración.

¹³⁰ En *OL* se omite el adverbio.

¹³¹ Un error de impresión, creemos, hace que la raya que tenía que dar paso al siguiente diálogo se introduzca al inicio de esta oración.

¹³² En *OL*: *cinco o seis mil años*; modificación que todas las ediciones internacionales han incorporado. En *ELB*, en cambio, se respeta el original. Podemos entender esta enmienda, pero no tanto que hubiese pasado por alto al autor y al editor de la revista, a pesar de que, vistas otras erratas, tampoco sería descartable. Por otro lado, no tiene por qué ser un error, sino que puede que Buñuel quisiese demostrar la celeridad del

[—]Pero amigo mío, desde que el primer reloj hizo su aparición —y sus bigotes antes erguidos y marciales marcaron ahora las 7 y 25— no ha habido un momento de reposo para mí. Necesito multiplicarme, elevarme a una enésima¹³³ potencia para poder funcionar todos los relojes existentes. Habrá usted observado que a veces no puedo con tanto trabajo y cuando eso acaece suelen enmudecer mis enemigos. La agitación es excesiva de unos siglos a esta parte, a pesar de lo cual oír y aun leerá usted alguna vez «Discurría tranquilamente el tiempo...» «El tiempo tranquilamente prometía...»¹³⁴; pero créame, eso no son más que infundios y necedades, a las cuales no debe usted hacer caso.

Al llegar aquí, una tosecilla molesta le asaltó y tosió las 8. Apenas pudo tictaquear prosiguió, entre el ladrido alborozado de mis dos relojes, que ladraban también las 8:

[—]Veo que tiene usted ahí el retrato de ese majadero de Einstein¹³⁵. Mi experiencia me acoraza contra los insultos, pero el de relativo es el que más me ha dolido. Resulta que no bastan las falsedades que se me han levantado,

tiempo con esta *equivocación léxica* o generar un efecto de extrañamiento en el lector. Encima, puede tratarse de una manifestación de la relatividad del tiempo, como la que termina la frase: si el personaje Tiempo lo dijo como quien dice tres o cuatro días, el narrador puede relativizar también lo dicho.

¹³³ El interés de Buñuel por las teorías de Einstein, cuya mejor muestra es este relato, le llevó a utilizar más de una vez este adjetivo, o su representación matemática *n*, incluso en sus poemas, como en «No hay Dios».

¹³⁴ Aquí topamos con el uso paródico de la palabra *tiempo*, presente a lo largo de todo el cuento.

¹³⁵ Dimensión física del tiempo. Tratando de majadero a Einstein, Buñuel posiciona claramente a los protagonistas de la historia: el Tiempo y el narrador que, por lo apuntado, es el propio autor. Ambos son antagónicos en la opinión que les merece el científico alemán, siendo el lector quien deberá tomar partido, llevando el narrador (Buñuel) todas las de ganar.

sino que ahora soy la comidilla de las gentes por culpa de esa mala persona¹³⁶.

De pronto su cuerpo comenzó a estirarse desmesuradamente. Yo me revolvía inquieto en la silla al ver un nuevo prodigio en aquella noche fantasmagórica. El Tiempo se alargaba demasiado.

—No se intranquilece usted —me dijo ya del todo calmado— que en seguida termino y me voy. Pero no lo haré sin antes favorecerle en todo lo posible. Desde luego, cuando la vejez vaya a atraparle con sus garras trémulas yo seré quien la detenga y quedará eternamente joven.

—No, muchas gracias —respondí vivamente—, quiero que mi hora me llegue como a todos.

—Es usted un hombre sensato —me respondió—. Si rehúsa esto, entonces le contaré entre mis hijos dilectos y como a ellos le favoreceré.

—Pero, ¿desearía saber quiénes van a ser mis hermanos¹³⁷.

—¡Hombre, por Dios! Pues sus hermanos serán los timadores y ladrones de relojes, porque ellos me alivian mucho en mi faena haciendo desaparecer de los bolsillos esos pequeños instrumentos que para mí son los más enojosos, porque existen en mayor cantidad. Mis hijos son también los perezosos, porque usan de mí con moderación. Mis hijos son...

—No siga —dije precipitadamente—. ¿Quiere usted hermanarme con timadores, con perezosos? De ningún modo acepto sus favores.

¹³⁶ Abundando en lo expuesto en la nota anterior, de esta línea de diálogo «podemos descubrir no solamente el dolor que siente el Tiempo personificado del cuento por la relatividad, sino que también se siente la admiración del narrador por el premio nobel de física. Aunque el Tiempo de Buñuel expresa su desprecio hacia Einstein, prácticamente acepta su teoría porque se rebela contra la restricción cronológica y no se deja medir por las manecillas del reloj» (Katona, 2017, pág. 85).

¹³⁷ En el texto publicado (y de ahí a *OL* y *ELB*): *Pero, ¿desearía saber quiénes van a ser mis hermanos?*

—Es usted un joven sin experiencia, demasiado ingenuo. Desengáñese que los que mejor han vivido son esos y los muchos que aún iba a citar. Si usted fuera artista amaría, por ejemplo, unas horas del tedio, mi hijo predilecto.

[—]Estoy viendo que sus más amados hijos son las cualidades más desacreditadas entre los hombres. Me está usted resultando un ser vago, desaprensivo, egoísta.

El Tiempo amenazaba borrasca¹³⁸. Sus saetas se encolezaban. Dio las ocho y media de una manera tan amenazadora que yo llegué a sentir verdadero temor¹³⁹.

—Basta, joven, puesto que desdeña mis favores, sufrirá mis desfavores. Por lo pronto antes de dos días se quedará usted sin relojes.

Dicho esto, desapareció bruscamente¹⁴⁰.

Y su maldición se cumplió, pues no habían transcurrido dos días de mi aventura, cuando me vi sin una peseta y tuve que empeñar mis dos amados relojes.

Además sufría una obsesión constante. Todos los relojes con que topaba me miraban amenazadoramente y sus sae-

¹³⁸ Este es un buen ejemplo del humorismo de Buñuel, quien, a propósito, asociando el tiempo con un fenómeno meteorológico, confunde su identidad de magnitud física con la de estado atmosférico, llevando su afición por la androginia incluso a los personajes no humanos de sus composiciones.

¹³⁹ Esta indicación horaria limita temporalmente el desarrollo de la acción a poco más o menos una hora (era algo antes de las 7 y 25 cuando el reloj hace su aparición). Desde un punto de vista ortotipográfico, destaca el uso del léxico y no de las cifras para indicar la hora. Puede ser azar, mas es significativo que la exactitud de los dígitos en las indicaciones horarias anteriores dé paso a la relatividad de una indicación que, por oposición a la anterior, podemos considerar alegóricamente *analógica*, en coherencia con la progresiva presencia de la teoría de la relatividad en la narración.

¹⁴⁰ Sin sangrado en el texto publicado, aunque la frase se inicia en una nueva línea (tal vez por azares de la impresión, no lo sabemos). En *OL* y *ELB*, en cambio, la oración sigue a la anterior, que finaliza con un punto y seguido, rompiendo con la estructura dialogal.

tas se erizaban con ira¹⁴¹. Otros, cuando quería enterarme de la hora, giraban burlonamente desconcertantes.

Por eso me compré un reloj de arena y le¹⁴² puse sobre la mesa. Pero entonces la venganza del Tiempo fue más cruenta. No sé qué haría con él, lo cierto es que su esbelto talle, ese talle¹⁴³ fino como una aguja, fue engrosando poco a poco hasta dejar pasar la arena en grueso chorro¹⁴⁴.

Entonces a mí me llegó a repugnar aquel pobre reloj ajamonado¹⁴⁵, que después de todo no tenía la culpa de su deshonra y un día lo eché por la ventana, como esos amos intolerantes arrojan de su casa a la criada que tuvo un desliz¹⁴⁶.

Desde entonces estoy resignado a pasar sin reloj y esto me ha hecho perder muy buenos amigos por faltar a sus citas¹⁴⁷.

¹⁴¹ Se produce aquí una poderosa imagen irracional como efecto de introducir el tema tan querido por Buñuel del narrador observado, en este caso por el ojo observador del reloj —o sea, el tiempo— antropomorfizado. Pese a que las relaciones con los relojes blandos de Dalí son evidentes, Buñuel introduce la imagen de las saetas erizadas como sello lírico propio, porque la deformación de los guardatiempos dalinianos afecta a la caja del reloj, nunca a las agujas, cuya distorsión, muy exigua, deriva siempre de la de la caja.

¹⁴² En *ELB* se corrige el *leísmo*. Lo hemos mantenido dado el carácter humanizador que confiere al objeto, aun cuando consideramos que se trata de un *leísmo*, pues de seguir con esa lógica, en el siguiente párrafo debería haber empleado la misma forma pronominal.

¹⁴³ Aquí, la acepción de *talle* es: «Cintura del cuerpo humano» (*DLE*).

¹⁴⁴ En este párrafo, Buñuel recurre al retruécano: *arena-fue-talle/talle-fue-arena*.

¹⁴⁵ *ajamonado*: «Propio o característico de la mujer entrada en carnes» (*DLE*). *Nota bene*: el diseño de un reloj de arena es similar al de dos jamonones vertical y simétricamente colocados uniéndose por la pezuña. Con su engrosamiento, Buñuel sugiere que se singularizó, forjándose como uno solo.

¹⁴⁶ Asoma en esta ocasión una imagen surrealista, que Buñuel utilizará en una escena de *La edad de oro*: aquella en la que el protagonista tira diferentes objetos, animales y personajes por una ventana, como una jirafa o un obispo.

¹⁴⁷ Sorprende, como ha advertido Arias, el humor ligero de este final, muy lejos del corrosivo que impregna toda su obra (2013, pág. 434).